

La “acumulación originaria”, la crítica de la razón colonial y la esclavitud moderna (2da parte)

Eduardo Grüner

3.

Es en este contexto que surge, a mediados de los años sesenta, la ya citada *teoría de la dependencia*, consistente (pese a sus muchas variedades “internas”) en una crítica a gran escala de las teorías económicas neoclásicas así como de la llamada teoría de la “modernización”, y empeñada en la construcción de una visión alternativa de la historia latinoamericana, que enfatizara las constricciones, condicionamientos e imposiciones del capitalismo mundial “imperialista”.

Dos obras fundamentales de mediados de la década —ambas de las cuales apoyan buena parte de sus argumentos en las tesis de Marx sobre la acumulación originaria— se destacan por marcar, en cierto sentido, los parámetros centrales de la discusión: *Dependencia y Desarrollo en América Latina* de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, y *Capitalismo y Subdesarrollo* de André Gunder Frank,¹ quien fue un pionero en formular la hipótesis de que la “cadena explotadora” del sistema comercial internacional había vinculado regiones aparentemente remotas de América, muy tempranamente, al *capitalismo*; asimismo demoliendo el mito, dominante en las teorías “modernizadoras” y estructural-funcionalistas, de que América Latina fuera una región de “sociedades duales” divididas entre zonas “dinámicas” integradas al capitalismo moderno y zonas “atrasadas” languidecientes en su aislamiento “feudal”. Al contrario: puesto que el “atraso” de la periferia, lejos de ser un fenómeno ajeno y contrapuesto al capitalismo,

es una *consecuencia* de su introducción en condiciones coloniales, son precisamente esas zonas “feudales” y “aisladas” las que muestran la *esencia* del capitalismo proveniente de su historia colonial. Más aún: como ya hemos apuntado, es el *desarrollo desigual y combinado* del *sistema-mundo* capitalista el que explica no solamente la *existencia* de zonas “atrasadas” como un dato aparentemente “anómalo”, sino que estas sean la *condición de posibilidad* del gran desarrollo capitalista “central”.

El debate despertado en torno a estas cuestiones condujo a una revalorización de la importante polémica, de principios de los años cincuenta, entre Maurice Dobb y Paul Sweezy. Los críticos de Sweezy —quien también se apoyaba firmemente en el capítulo XXIV— argumentaban que, al subrayar el rol decisivo de la expansión del comercio en el feudalismo tardío para el proceso de acumulación originaria, esta hipótesis era impotente para explicar el “salto cualitativo” producido tanto en el desarrollo de las fuerzas productivas como en las relaciones de producción, los dos factores que principalmente le otorgaban al capitalismo su carácter distintivo. Un intenso intercambio mercantil, así como un fuerte impulso a la búsqueda de rentabilidad —vale decir, en términos de Marx, una transformación de los objetivos de la producción hacia la lógica del *valor de cambio*, en lugar del puro *valor de uso*— son elementos ya reconocibles en diversas épocas históricas y regiones geográficas (muy notoriamente, por ejemplo, en el Imperio romano). El único factor *primordial* que —siempre según los críticos de Sweezy— puede explicar la emergencia del capitalismo, es su nuevo método de organización de la producción, sobre la base de la transformación en mercancía de la fuerza de trabajo “libre”. Si se pone el foco en la esfera de las relaciones *de producción* antes que en la *circulación* de mercancías (un “foco” que, ciertamente, es el del Marx del Tomo I de *El Capital*, como ya vimos), la estrategia de la explicación necesariamente se desplaza del comercio internacional y el impulso a la ganancia hacia la sustitución del trabajo forzado (esclavo o servil) por el trabajo proletarizado y sus consecuencias *derivadas* en la esfera de la circulación, el intercambio y el consumo —por ejemplo, la aparición del mercado interno y, a la larga, el consumo de masas como fuente central de la *realización* de la plusvalía—. Es en esta misma línea que se sitúa el importante economista Robert Brenner, en su polémica con Wallerstein. Pero esta tesis no explica que, como veremos enseguida, el capitalismo *se hizo a sí mismo*, entre otros métodos, *introduciendo en las colonias la esclavitud*, es decir unas relaciones de producción *pre-capitalistas*. Si fuéramos a juzgar el modo de producción característico de esas colonias solamente por estas relaciones de producción, caeríamos en el manifiesto absurdo de calificarlo como “esclavista antiguo”.

Conviene ahora revisar rápidamente la posición del argentino Ernesto Laclau (previa a su posterior pasaje al así llamado “postmarxismo”), al terciar en el debate entre Gunder Frank y el también argentino Rodolfo Puiggrós. Al igual que Dobb, Laclau (1973) invoca el clásico énfasis marxista en el capitalismo como *modo de producción*. Para su óptica, resulta obvio que las formas de explotación *mercantil-coloniales* de la fuerza de trabajo en América utilizaban la “coacción extra-económica” característica del modo de producción feudal, o, en general, de los modos de producción “pre-capitalistas”. El “subdesarrollo” de las colonias, por consiguiente, proviene no solo de la transferencia de excedentes de estas hacia la metrópolis, sino también, y quizá principalmente, de su congelamiento de las relaciones de producción pre-capitalistas, que retardó el proceso de *diferenciación social* y por lo tanto trabó el desarrollo de un *mercado interno*, condiciones para la emergencia de una auténtica burguesía criolla, sin la cual no se puede hablar de *capitalismo* “local”. La consecuencia de tal razonamiento es evidente: el “progreso material” de América Latina habría requerido la *ruptura* de las estructuras socioeconómicas feudales *internas* para permitir el desarrollo de un “genuino” *capitalismo* “nacio-

nal".

Laclau admite pues, y aún comparte, la idea de Gunder Frank de que es perfectamente posible, y aún probable, que un omniabarcador sistema que *en su conjunto* fuera capitalista, incluyera "partes constitutivas" pertenecientes a *otros* modos de producción (esto ya es, finalmente, una venerable tradición marxista: una *formación económico-social* histórico-concreta es una articulación de varios "modos de producción" —cada uno de los cuales es en sí mismo un modelo abstracto— bajo *hegemonía* de uno de ellos). Esto, sin embargo, siempre según Laclau, no significa que las "regiones locales" fueran *en sí* capitalistas: Gunder Frank confundiría así el "modo de producción" con el "sistema económico".

Pero a su vez, a nuestro juicio, Laclau confunde lo que dice Gunder Frank (y ni hablar de lo que luego dirán Wallerstein o Samir Amin), ya que Laclau, en este texto, sigue razonando como si lo "global" y lo "local" fueran, al menos en lo esencial, realidades *externas* una a la otra, lo cual, en buena lógica, lleva a la conclusión de que el "capitalismo del centro" podía haber hecho *otra cosa* en sus "periferias": por ejemplo, "aplicar" relaciones de producción ya total y plenamente "burguesas". ¿Por qué no lo hizo, entonces? ¿Por maldad, por torpeza, por distracción?

Nosotros, por el contrario, y siempre atendiendo al razonamiento del capítulo XXIV, pensamos que hay una dialéctica mucho más compleja: es *porque* (y no *a pesar* de que) el *sistema-mundo* ya ha entrado en la fase avanzada de "acumulación originaria" de capital, que requiere de un "desarrollo desigual y combinado" de *relaciones de producción*: la esclavitud —o cualquier otra forma "extra-económica" de control de la fuerza de trabajo para la exacción del excedente— le era *necesaria* a ese proceso de acumulación para dotarse de una fuerza de trabajo lo suficientemente "masiva" como para producir, también "masivamente", mercancías destinadas a un mercado ya tendencialmente mundial y en acelerada expansión.

En una palabra: si es cierto lo que dice Laclau cuando dice que el hecho de que el "centro" sea capitalista no significa que las relaciones de producción de la "periferia" lo sean, también tiene que ser cierto lo contrario: a saber, el hecho de que las relaciones de producción "periféricas" no sean capitalistas, no significa *en modo alguno*, por sí mismo, que no lo sea el "sistema" dominante en su conjunto.

Y si quisiéramos complejizar aún más la cuestión, podríamos introducir aquí la importante distinción que hace Istvan Meszáros (2002) entre *capitalismo* y *Capital*. Este último, entendido como un metafórico "sociometabolismo" o "*modo de reproducción* económico-social", no puede reducirse plenamente al primero, ya que implica a *todos* los niveles o registros del sistema de reproducción (el político, el ideológico-cultural, el institucional, el del desarrollo de la "sociedad civil", el de lo que Meszáros llama "estructura de comando" del Capital, etcétera, etcétera), y no solamente las *relaciones de producción* estrictamente hablando. Por supuesto que no puede existir *capitalismo* plenamente desarrollado sin Capital. Pero el Capital *excede* las determinaciones específicas del capitalismo "plenamente desarrollado".

O sea: no puede haber duda de que, por lo menos, el régimen colonial en América Latina pertenece por pleno derecho (más aún: es un factor esencial) a la historia del *Capital* en su fase acumulativa que daría como resultado el *capitalismo* "plenamente desarrollado", y que el control de la fuerza de trabajo mediante relaciones de producción "no-capitalistas plenamente desarrolladas" fue una *necesidad* de esa fase acumulativa del Capital, además de ser el capítulo *local* del proceso *mundial* de separación entre los

productores directos y los medios de producción que Marx, siempre en el capítulo XXIV, sitúa como proceso *fundacional* del capitalismo; pero, nuevamente, “local” y “mundial”, en la lógica de la conformación del *sistema-mundo*, son dos caras de una misma moneda.

Vale la pena, aquí, citar a un autor que ha sido, lamentablemente, descuidado en la bibliografía sobre el tema. Nos referimos al antropólogo mexicano Ángel Palerm, quien, en un par de muy interesantes textos (1980), analiza la construcción, a partir del siglo XVI, de lo que denomina “un sistema integrado por las metrópolis europeas y sus colonias y por el comercio internacional y la división mundial del trabajo, sistema que unió a *diversos modos de producción* y a numerosas y muy diferentes formaciones socioeconómicas”, quejándose seguidamente de que aún las historias económicas publicadas más recientemente dan poca atención al problema. La preferencia se concede, con invariable regularidad, a los factores endógenos o internos europeos con exclusión de los exógenos o externos, sobre todo cuando se trata de explicar la transición de la economía medieval europea al capitalismo moderno. La crítica de Palerm alcanza asimismo a ciertos “autores marxistas que podríamos llamar clásicos” —desde el propio Engels a Bujarin y Lenin— quienes (al revés de, por ejemplo, Rosa Luxemburgo)...

...muestran, por un lado, la idea común de que el sistema colonial moderno es una consecuencia lineal, una mera proyección del desarrollo capitalista. Por el otro lado, no llegan a establecer *relaciones de causalidad necesaria entre la emergencia del capitalismo como modo dominante de producción y el sistema metrópoli-colonia...* (Palerm, 2008: 199)

Para Palerm, en cambio se trata de una relación *dialéctica*: de manera similar a como, incluso en el “tipo ideal” de capitalismo, la existencia de la “burguesía” supone la del “proletariado”, la presencia del Capital a escala mundial supone la existencia del sistema colonial. La *formación colonial* debe verse entonces no solo como una parte especializada y dependiente del sistema mayor, sino también como una manera de articular diferentes *relaciones sociales de producción* funcionalmente subordinadas al *modo de producción* dominante. Y es que, como dice Samir Amin:

El hecho de que la forma latifundista en América Latina utilizara trabajo servil (esclavos o peones) durante mucho tiempo antes de evolucionar hacia el empleo generalizado del trabajo asalariado, demuestra que, cada vez que el capital carece de mano de obra, utiliza medios políticos para conseguirla (Amin, 1997: 148).

“Medios políticos”, si quisiéramos traducirlos al lenguaje de Marx, significa sencillamente *coacción extra-económica*. Pero entonces, una vez más, está perfectamente claro en la cita de Amin la plena compatibilidad del capitalismo *global* con la coacción extra-económica *local*.

Ensayemos una suerte de resumen hasta aquí. América Latina y el Caribe, a través del comercio colonial, el control de la fuerza de trabajo forzada, y otros mecanismos subsidiarios pero nada menores como el sistema de impuestos y el contrabando, proveyeron de materias primas y excedentes económicos a una *economía-mundo* europea cuya premisa era la *acumulación de capital* y la *expansión de la ganancia empresarial*. En el propio interior de América Latina, combinadamente, los *intereses mercantiles* y el muy capitalista principio de *inversión con fines de rentabilidad* constituyeron una poderosa palanca de

re-estructuración radical de las economías regionales y urbanas, así como de la tecnología y las *relaciones sociales de producción* utilizadas para esos objetivos. Este proceso motivó el surgimiento de la *producción de mercancías*, el deterioro y a mediano plazo la destrucción de las "economías de subsistencia", las impresionantes inversiones de capital en las minas, las plantaciones de azúcar y empresas por el estilo, el crecimiento urbano —donde, al igual que sucedió parcialmente en las minas, se desarrollaron bolsones relativamente importantes de trabajo asalariado—. Todos estos fenómenos convergen inequívocamente en una imagen que está lejos de ser "feudal", sino que sigue una nítida lógica "burguesa", si bien por supuesto en el contexto de su estatuto de *periferia colonial*, y donde se combinan desigualmente diferentes relaciones de producción bajo la hegemonía *mundial* de las relaciones capitalistas.

4.

La historia del Caribe (y parcialmente la de Brasil), viene en ayuda de la tesis que estamos exponiendo. La "economía de plantación", con su complejidad, de ninguna manera permite una distinción nítida entre el modo de producción capitalista y el pre-capitalista en sus estados *puros* o *ideal-típicos*. Su clase dominante definitivamente *ausentista*, vivía integralmente en la metrópolis, donde su *portfolio* de inversiones (como dirían los banqueros) incluía *plantaciones-empresas* americanas donde la fuerza de trabajo esclavo figuraba sin ambigüedad como una *mercancía* que debía ser "repuesta" (ante la muerte, enfermedad, huída, etcétera, del esclavo) mediante nuevas "importaciones" de tal mercancía desde África.

Se dirá que este es un caso *extremo*. Pero los casos "extremos" suelen servir, justamente, para revelar relaciones y tendencias latentes o no tan evidentes en la superficie. Y en todo caso, como bien dice Eugene Genovese (1983), no es un caso *más extremo* que el del Sur de los EEUU —que, siguiendo a Marx, hace ya mucho que ha sido aceptado como ejemplo, para hablar rápidamente, de *capitalismo esclavista* —, por lo cual considerar al Caribe como *menos* que eso sería pecado de lesa etnocentrismo.

La gran pregunta es: ¿por qué la esclavitud africana en el Caribe terminó jugando este papel esencial en la producción capitalista mundial? Como es sabido, los colonizadores intentaron otras estrategias de control de la fuerza de trabajo antes de recurrir a la "importación" de esclavos africanos: principalmente, la esclavitud o semi-esclavitud de los indígenas, pero también la de mano de obra europea, generalmente proveniente de deudores "incobrables" o de condenados por diversas clases de delitos.

Lo primero que debemos hacer, pues, es suspender provisoriamente algunos preceptos. No es verdad que la esclavitud africana fuera *desde el comienzo* la relación laboral obvia, óptima y preferible para el trabajo de las grandes plantaciones. Fue, al principio, solo *una* de las estrategias ensayadas. Para 1560, sin embargo, dicho sistema constituía prácticamente la fuente exclusiva de trabajo manual.

Aún así, la importación de esclavos africanos fue un proceso relativamente lento, y además dificultado por las fluctuaciones de la oferta, los precios y las erráticas políticas metropolitanas. Finalmente se impuso, ante la incapacidad por parte de los aparceros europeos de satisfacer la demanda, así como por la crisis y/o la resistencia de la población indígena (de por sí mucho menos numerosa en el Caribe que en otras regiones). Y no es que el nuevo sistema de la esclavitud africana no tuviera sus serios inconvenientes: pesadas inversiones iniciales, pérdidas cuantiosas debido a las fugas, y el constante

pánico frente a las potenciales rebeliones de una población africana que pronto se transformó en una abrumadora mayoría.

Sin duda, la *economía-mundo* y la lógica de su mercado mundial jugaron un papel de primera importancia en este proceso. A principios del siglo XVII se verificó un gran aumento del precio internacional del azúcar, haciendo dramática la disparidad entre las expectativas de ganancia virtual y las obtenidas mediante el trabajo indígena. A partir de allí, lenta pero sostenidamente, se produjo la sustitución masiva del indígena por el esclavo africano, transformándose esta última en la estrategia para optimizar las rentabilidades. En términos generales, se puede decir que hacia 1630 ya se había vuelto decisiva la mayoría de esclavos africanos en las plantaciones de azúcar o café, tanto en Brasil como en el Caribe. En suma, *es la interrelación entre las condiciones "locales" de producción y los intereses y oportunidades derivados del mercado internacional lo que explica la emergencia de estructuras socioeconómicas casi exclusivamente dependientes de la esclavitud africana*. Y esta es una configuración plenamente moderno-burguesa.

En efecto, prácticamente *todas* las condiciones aceptadas por autores de muy diferente convicción teórica para hablar de "modernidad", se cumplen en la época del esclavismo colonial. Condiciones socioeconómicas, en primer lugar, pero también ideológico-culturales. Paul Gilroy (2002), por ejemplo, ha demostrado que muchas de las más distintivas estructuras y "mentalidades" de la modernidad son ya perfectamente reconocibles en la sociedad esclavista americana. Se puede decir asimismo —no sin amarga ironía— que si es cierto, como sostiene Anthony Giddens, que una característica central de la modernidad es el "desencastramiento" de individuos e instituciones, que arranca a ambos de sus contextos tradicionales, pues entonces la esclavitud americana decididamente *modernizó* al África (y no solamente a los propios "amerindios" locales), al arrancar *violentamente* a millones y millones de sujetos de sus "contextos tradicionales".

Por otra parte, el propio comercio de esclavos utilizaba un complejo —e igualmente *moderno*— conjunto de dispositivos económicos, desde nuevas y sofisticadas formas de crédito hasta elaboradas formas de permuta. El control de las mercancías producidas por los esclavos confirió un enorme poder económico distribuido entre (y disputado por) los comerciantes, los banqueros, los terratenientes, los propietarios de esclavos... y los estados. La organización del trabajo esclavo a gran escala para la producción y el intercambio *mundial* de las mercancías requirió la construcción de un elaboradísimo aparato de aprovisionamiento, supervisión, transporte, procesamiento y distribución, y la consiguiente generación —también a escala mundial— de puestos de trabajo para mano de obra asalariada. Y ello para no mencionar que el comercio internacional de esclavos —el famoso *triángulo atlántico*, que desplazó el eje geoeconómico de la cuenca del Mediterráneo al Océano Atlántico— empujó el crecimiento geométrico de una de las empresas capitalistas más prósperas de la época, la industria naval, especialmente la holandesa. En una palabra: *modernización* (capitalista), por donde se la mire. Como ironizaba el marxista argentino Milcíades Peña, "si esto es feudalismo, cabe preguntarse con cierta inquietud que será entonces capitalismo" (2012: 33). Lo cual, de paso, es una buena oportunidad para reflexionar sobre la cara oscura del así llamado "progreso".

Ahora bien: si el sistema de plantaciones esclavistas hubiera sido levantado siguiendo el modelo español —como han sostenido equivocadamente algunos autores— el papel del Estado hubiera sido mucho más fuerte de lo que fue realmente. Pero este no es en absoluto el caso de las plantaciones inglesas, holandesas y francesas. El verdadero "despegue" de la economía de plantación debe fecharse a partir de principios del siglo XVII, época en que las ambiciones americanas de Francia, Holanda y luego

Inglaterra comenzaron a presentar un serio desafío al monopolio ibérico, "cruzado", además, con las guerras religiosas entre protestantes y católicos, ya que la "empresa" colonial de las potencias del norte de Europa fue llevada a cabo sobre todo por emprendedores *privados* de origen protestante —salvo en el caso francés, obviamente—, no siempre apoyados por sus respectivos Estados.

Mientras que la política colonial española sí fue considerablemente dependiente de la iniciativa y control estatales, la "fórmula" inglesa (y en buena medida la holandesa y francesa) dependieron de manera decisiva de la iniciativa y habilidad de los propios "colonos". Una vez establecidas las plantaciones, la organización cotidiana del trabajo adquirió todas las "rutinas" y formas de planificación de una moderna empresa capitalista (si bien se trataba, claro está, de unas "rutinas" terriblemente opresivas y destructivas para los trabajadores esclavos). Al mismo tiempo, las presiones de la competencia empujaban la difusión de nuevas técnicas y el "disciplinamiento" de los plantadores negligentes. Incluso los sistemas de castigo de los esclavos "holgazanes" estaban organizados de manera metódica y predecible. La organización promedio de la plantación en su conjunto desplegaba mucho de la "impersonalidad" y la lógica funcional de cualquier organización moderna con lógica de burocracia "racionalizada" en sentido weberiano.

Esta "fórmula" alcanzó su expresión más acabada en las islas del Caribe Oriental hacia mediados del siglo XVII, en una época en que *ninguna* de esas plantaciones estaba efectivamente regulada por el Estado metropolitano. Fue una época en la que las habilidades holandesas en materia de comercio y el empuje empresarial de los plantadores ingleses y franceses crearon y multiplicaron velozmente plantaciones a muy grande escala, apoyadas por un lado en el trabajo esclavo de los africanos, y por otro en los últimos avances del comercio y la manufactura. Y aún las más grandes compañías comerciales directamente vinculadas al sistema de plantación tenían que respetar a rajatabla los principios del mercado. El comportamiento de los "empresarios" tuvo que ajustarse a las reglas de la más burguesa *racionalidad instrumental*, tal como la teorizara nuevamente Weber: "si me rehúso a comprar esclavos, los otros lo harán", podría haber sido un lema de sentido común imperante. Es decir: aún suponiendo que algún plantador registrara escrúpulos en utilizar fuerza de trabajo esclava, la lógica misma del sistema lo hubiera obligado a ello, so pena de desaparecer. Esta lógica de atomización y *serIALIZACIÓN* competitiva, bajo la cual cada uno está obligado a imitar al otro para no quedar fuera del sistema, ha sido abundantemente teorizada como característica de la modernidad burguesa.

Por si todo esto fuera poca demostración, agreguemos otro factor definitorio de la economía moderna: el rol del consumidor. Ya la muy temprana modernidad (a partir del Renacimiento, digamos) presencié la emergencia de una demanda efectiva de "lujos populares", empujada por un persistente aumento de las rentas, incluyendo las del trabajo asalariado. Desde luego, los nuevos productos "exóticos" podían ser producidos de muchas maneras diversas. Durante mucho tiempo el tabaco, por ejemplo, fue cultivado en pequeñas plantaciones de granjeros independientes. La mayoría de los productos típicos de las plantaciones de esclavos —el café, el algodón, el índigo e incluso el azúcar— podían, técnicamente, cultivarse y procesarse utilizando trabajo asalariado "libre". Pero, ¿dónde conseguirlo en el número necesario? Fue fundamentalmente el nivel vertiginoso de la competencia a nivel mundial, y la consiguiente necesidad de asegurarse rápidamente un ejército creciente de fuerza de trabajo masiva, lo que decidió a los plantadores y comerciantes a recurrir a la mano de obra esclava. Es extremadamente intere-

sante, a este respecto, la lectura del extraordinario libro del cubano Fernando Ortiz *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, en el que se hace un notable estudio comparativo de las formas socioculturales no solo diferentes sino *opuestas* promovidas por estos dos tipos de cultivo: la pequeña comunidad de productores independientes vinculada al tabaco *versus* la gran plantación esclavista para el azúcar; asimismo, el libro del antropólogo norteamericano Sydney Mintz: *Dulzura y poder*, en el cual se analiza la estructura de las plantaciones de azúcar, y cómo, en las propias palabras del autor, “ellas transformaron la historia del capitalismo y la industria”. Se podría demostrar, en efecto, que en buena medida la organización de los grandes talleres industriales europeos, ya a partir de fines del siglo XVIII, se inspiró en la experiencia de las grandes plantaciones coloniales.

Una vez más: las *motivaciones* (directamente condicionadas por la lógica económica) para la utilización de un método presuntamente “arcaico”, fueron completamente *modernas*. Y no solamente las motivaciones. También los *efectos*. Ya hemos insistido mucho sobre el rol de la esclavitud afroamericana en el proceso de acumulación originaria de Capital, en la evolución desigual y combinada de la separación a escala mundial entre los productores directos y los medios de producción, en la conformación de un mercado verdaderamente “global” sobre la base del comercio atlántico, en la generación de una lógica de *racionalidad instrumental* derivada de las nuevas necesidades administrativas del Imperio y de la organización de complejas formas de control de la fuerza de trabajo, en fin, de prácticamente todo aquello que dio lugar a la “modernidad”. Cabría agregar que los principales productos de la economía de plantación esclavista (azúcar, algodón, café, tabaco, y un sinnúmero de sustancias primarias destinadas al teñido de telas) empujaron la producción industrial de textiles (es el caso del algodón y las tinturas), o pasaron a formar parte de la dieta normal y energética primero de las clases dominantes europeas, y luego de las más amplias masas populares en todo el mundo (es el caso de los otros productos nombrados, y muy especialmente del azúcar).

Resumamos: el capitalismo, como modo de producción dominante, articuló o re-articuló con esa *dominancia*, en América, relaciones de producción “arcaicas” (fundamentalmente esclavistas, semi-esclavistas y de servidumbre forzada). La integración de esas realidades locales heterogéneas en el “desarrollo desigual y combinado” del *sistema-mundo* por supuesto no significa que las “leyes de movimiento” y las estructuras internas de esas “localidades” fueran *en sí mismas* capitalistas —si bien, como hemos mostrado, su lógica organizacional, así como el comportamiento de las clases dominantes, perfectamente pueden llamarse así—. Simplificando un poco, entonces, la mejor manera de interpretar la estructura socioeconómica colonial, en su contexto internacional de *sistema-mundo*, es a través del concepto de *articulación desigual y combinada* entre diferentes relaciones de producción, bajo la hegemonía del modo de producción capitalista a nivel *mundial*, replicada por el comportamiento mayoritariamente *burgués* en los establecimientos coloniales. Desde la perspectiva “global” ya estaba en plena marcha el proceso de conformación de las nuevas relaciones de producción, mediante lo que el capítulo XXIV describe como separación a nivel mundial de los productores directos respecto de los medios de producción, de la cual el esclavismo es un caso extremo. Es verdad que ese proceso *nunca* se terminó de completar, ni siquiera respecto de los propios esclavos: en muchísimos casos se produjo, entre los esclavos “criollos”, un importante fenómeno de “semi-campesinización”, ya que los esclavos a veces trabajaban su propio terreno (normalmente muy pobre, por cierto) en su escaso “tiempo libre”, y en algunas regiones llegaron a manejar el 20% de la economía monetaria. Pero de conjunto, es indudable que estas “anomalías” también pertenecen al carácter “desigual y combinado” del proceso

en su totalidad. Más aún, en cierto sentido *no hay* tal "anomalía": la posibilidad del esclavo de contar con cierta *reserva* (no se puede hablar de "acumulación") de alimentos para él y su familia, por un lado lo ataba a la tierra, y tal vez lo disuadía de huir hacia un destino de *cimarronaje* incierto; y por otro, contribuía —sin gasto extra para el amo— a la propia reproducción de su fuerza de trabajo.

Y aún podemos complejizar la cuestión introduciendo una serie de variables de cuya ausencia —perceptible *tanto* en Wallerstein como en otros autores— con toda razón se queja Palerm, a saber, las variables que genéricamente llamaríamos *culturales*. En efecto, la articulación "desigual y combinada" de modos de producción y relaciones sociales de la que venimos hablando, vale también para lo que habitualmente se llama el "encuentro de culturas" (un eufemismo para hablar de la *dominación* de una cultura por otra, siempre teniendo en cuenta que tal dominación no es mecánica ni lineal). El análisis debería incluir la enorme variedad y complejidad de *sincretismos* o fenómenos "híbridos", "intersticiales", etcétera, que se dieron en el "encuentro colonial", de *ambas partes*.

Esto desde luego no significa, como bien ha advertido Sahlins, negarles a esas sociedades "locales" su capacidad de "hacer su propia historia" (1986: 33). Sin embargo, sería peligroso —por un afán excesivo de "corrección política" — perder de vista el hecho obvio de que esos "encuentros de cultura" no se producen en condiciones simétricas, sino que son el efecto de relaciones de *poder/saber* abrumadoras. No tenemos tiempo de desarrollarlo aquí, pero baste mencionar que un "logro" de la modernidad que tiene relación directa con la esclavitud afroamericana y su rol en la acumulación originaria es el del nacimiento de una nueva forma ideológica para Occidente, el *racismo*. Recuérdese la tesis de Foucault de que el "racismo" es una expresión de lo que él llama *guerra social permanente*. Y es el propio Foucault el que establece una relación entre esta "nueva forma" de racismo y la modernidad, al identificar los orígenes de una "conciencia racial" en los siglos XVI y XVII (Foucault, 1987), sin por desgracia sacar todo el provecho posible de la "coincidencia" entre este despertar del racismo y el auge de la colonización, el comercio esclavista y la economía de plantación, esos fenómenos que durante siglos alimentaron a los europeos.

Podríamos mostrar asimismo, si tuviéramos tiempo, que el rol *decisivo* de la explotación de trabajo esclavo colonial para la "acumulación originaria" —y que desmiente que la "modernidad" sea un proceso unilateral que va del "centro" a la "periferia" — se replica también para la modernidad *política*. Por dar tan solo un ejemplo que hemos estudiado, fue la revolución de los esclavos haitianos en 1791 la que obligó a la Revolución Francesa a decretar una abolición de la esclavitud en sus colonias, que la declaración de 1789 no contemplaba. Es decir: la revolución francesa solo pudo ser *realmente* "francesa" porque fue empujada a serlo por la revolución haitiana.

Y fue además una revolución que abrió una serie de formidables debates que continúan vigentes hasta el día de hoy: entre muchos otros, el debate sobre el concepto de *negritud*, que fue posible porque esa revolución puso en acto, incluso *ante litteram*, el capítulo XXIV de *El Capital*.

5.

Finalmente, quisiéramos usar todo lo anterior para aludir una vez más a un debate recurrente a propósito de la teoría marxista —la de Marx— de la historia. Como es archisabido, esa teoría ha sufrido todo tipo de intentos de recusación. Demos dos ejemplos,

no por conocidos menos pertinentes. Uno es el de la célebre secuencia de los modos de producción (“comunista” primitivo, antiguo-esclavista, feudal, capitalista) que muchas veces ha sido impugnado, y no sin ciertas razones, por reduccionismo “evolucionista” —por el intento de condensar la complejidad polifónica de los múltiples tiempos históricos en una secuencia lineal— y “etnocéntrico” —por el supuesto de que la historia en su conjunto necesariamente ha debido seguir una secuencia, aún cuando admitiéramos su linealidad, que en todo caso sólo le corresponde al occidente europeo—.

Una consecuencia de este “evolucionismo etnocéntrico” también habría sido, según esta imputación, la de interpretar retroactivamente a los modos de producción no-capitalistas (o pre-capitalistas) con las herramientas teórico-analíticas adecuadas al capitalismo, extrapolándolas para otras formaciones históricas muy diferentes. Pero esta crítica —plausible en sus propios términos— no toma en cuenta suficientemente el hecho de que, en los *Grundrisse* (que no casualmente fueron ocultados durante mucho tiempo por la burocracia soviética) Marx analiza exhaustivamente un número de *otros* modos de producción (y sus correspondientes formaciones económico-sociales) que no pueden en modo alguno ser reducidos a los “tipos ideales” de la aludida secuencia, y que en muchos casos son *asíncronos* con esos “modos” europeos. El caso paradigmático es, por supuesto, el del llamado *modo de producción asiático* (o “sociedad asiática de riego” o “despotismo asiático”), tal como se presentan en las antiguas China o India, y en los no tan antiguos (ya que sus caracteres centrales llegan hasta la conquista española, en los inicios mismos del capitalismo europeo) imperios azteca o incaico, y cuyas características *formales* recuerdan más que sugestivamente a las estructuras políticas despótico-burocráticas de los socialismos “reales” (y es por ello, claro está, que estos estudios fueron ocultados por la jerarquía de la URSS).

Y es en los propios *Grundrisse* donde —basándose justamente en sus análisis de los modos de producción extraeuropeos— Marx levanta muy serias dudas sobre aquella extrapolación de las categorías del capitalismo hacia otros modos de producción. En efecto, aunque su enunciado —más bien retórico, por otra parte— de que la anatomía del hombre explica la del mono, suena a repetición de la fórmula previa acerca de la sociedad burguesa como base para entender la historia en su conjunto, tiene mucho cuidado en aclarar que si bien la sociedad más tardía puede proporcionar ciertas claves sobre el carácter de sus predecesoras, las categorías de aquella no pueden aplicarse de forma mecánica a estas. El ejemplo obvio (y el de más importancia, en vista del proyecto de Marx) es el del concepto *moderno* de “trabajo”, que, pese a (y en cierto sentido *debido a*) su abstracción, es un producto de relaciones de producción históricamente particulares, y tiene validez plena *solamente* en el contexto de tales relaciones.

En los modos de producción precapitalistas, en efecto, la acumulación de riqueza (y menos aún de “capital”) nunca es un fin *en sí mismo*: no hay una lógica intrínseca a la actividad económica, sino que esta tiende a subordinarse a fines extra-económicos. Por lo tanto, componentes “superestructurales” (para el tipo ideal del modo de producción capitalista) como, digamos, la organización política en la antigua Atenas, o las relaciones de dominación “personalizadas” en el modo de producción feudal, o las estructuras de parentesco en la sociedad “primitiva”, pueden ser esenciales para la propia *estructura* de esos modos de producción. No son formas sociales en las que pueda aislarse *analíticamente* —como sí puede hacerse, repetimos, en términos estrictamente *analíticos*— la “base” de la “superestructura”: esta misma posibilidad metodológica es el *efecto histórico* de un modo de producción como el capitalista, que tiende a “autonomizar” (ficticiamente) la esfera de lo que los *economistas* llaman “economía”.

Y ello para no mencionar, asimismo, que en muchos de sus estudios históricos Marx no solo admite sino que interpreta como rasgo *constitutivo* la existencia de relaciones de producción diferentes —vale decir, pertenecientes a épocas históricas distintas del supuesto *continuum* esquematizado en el "tipo ideal" evolutivo—, y aún contradictorios, bajo el dominio de un modo de producción "central", como es el caso característico de la esclavitud en el ya "capitalizado" Sur norteamericano o en las sin duda protocapitalistas formaciones coloniales del Caribe anglosajón o francés, como acabamos de ver.

Pero, si esto es así, entonces la "acumulación originaria" de la que habla Marx en el capítulo XXIV, así como el rol decisivo que tiene en ella la explotación de las "periferias", no es algo que ocurrió en los *orígenes*, sino que es algo que *sigue ocurriendo*, como lógica *estructural* del modo de producción capitalista. No podríamos decirlo más claramente que como lo hiciera Samir Amin hace ya más de cuatro décadas:

Cada vez que el modo de producción capitalista entra en relación con modos de producción pre-capitalistas a los que somete, se producen transferencias de valor de los últimos hacia el primero, de acuerdo con los mecanismos de la acumulación primitiva. Estos mecanismos no se ubican, entonces, solo en la prehistoria del capitalismo; son también contemporáneos. Son estas formas renovadas pero persistentes de la acumulación primitiva en beneficio del centro, las que constituyen el objeto de la teoría de la acumulación en escala mundial (Amin, 1975: 11 y 12).

El otro caso, también frecuentemente recusado, es el de las consideraciones de Marx sobre la cuestión nacional/colonial. También aquí Marx habría incurrido en pecado de evolucionismo etnocéntrico o al menos eurocéntrico, dando por sentada una necesaria "evolución por etapas" que las sociedades "retrasadas" o aún "semifeudales" de la periferia deberían alcanzar antes de que sus rebeliones anti-coloniales o democrático-burguesas pudieran ser calificadas de progresivas para la causa *internacionalista* de la revolución proletaria (y, dicho sea entre paréntesis, Marx reasume, desde otro punto de vista, su posición en *Las luchas de clases en Francia* cuando afirma que, dada la dependencia de Francia respecto de su comercio exterior, el proletariado francés jamás podría aspirar a llevar a cabo su revolución dentro de los límites *nacionales*; posiblemente este sea uno de los primeros lugares en los que Marx, si se nos permite la reducción al absurdo, toma partido anticipadamente por Trotsky y contra Stalin en la famosa controversia sobre la "revolución en un solo país").

Este "error" —nos referimos ahora al supuesto "evolucionismo etnocéntrico", ya que su apreciación en *Las luchas...* es irrecusable— sería particularmente manifiesto en los famosos artículos sobre la colonización británica de la India, o en la "defensa" de la ocupación norteamericana del Norte de México, para no mencionar ciertos despropósitos periodísticos (generalmente escritos por encargo y a los apurones) sobre Latinoamérica o sobre personajes como Bolívar. Sería demasiado largo analizar aquí la no siempre evidente complejidad dialéctica de muchos de esos escritos. Pero aún admitiendo el "error", y pasando por alto la escasez de información con la que pudo haber contado Marx sobre estas cuestiones, o la (¿por qué no?) inconsciente influencia que pudo haber recibido de las teorías evolucionistas en boga, también habría que recordar que ya a partir de la década de 1860 Marx cambia radicalmente su posición en por lo menos dos casos nada menores: el del movimiento revolucionario irlandés y el de las comunas rurales rusas.

¿A dónde nos conducen estos razonamientos? Ciertamente no a ensayar una defensa a ultranza y obcecada de cualquier cosa que haya dicho Marx, lo cual, ya lo hemos

dicho, sería muy poco respetuoso hacia el espíritu insobornablemente crítico de nuestro autor. Simplemente a subrayar, una vez más, que lo que importa en él (y *muy especialmente* en sus estudios históricos concretos) es la extraordinaria riqueza de una *lógica* de pensamiento de la historia, que permite incluso hacer la crítica del *propio Marx* cuando éste, ocasionalmente, se aparta de esa lógica. Lo cual no es en absoluto el caso de, por ejemplo, el capítulo XXIV de *El Capital*, como hemos intentado mostrarlo. Por el contrario, en este y los otros estudios que hemos citado, Marx despliega un análisis en múltiples niveles articulados, desde el nivel teórico-estructural más general posible hasta el del detalle local y coyuntural más particularizado. Y, sobre todo, lo hace — como no nos cansaremos de repetirlo — no con fines puramente analíticos y didácticos (que por otra parte están profunda y ampliamente cubiertos) sino privilegiando su función de *guía para la acción*, y colocando por delante, como matriz de su propio pensamiento, el criterio político-ideológico, pero también filosófico, historiográfico y epistemológico de la *praxis* social-histórica.

Notas

¹ En una línea similar se inscribe la algo posterior obra de Samir Amin (1975).

Referencias

- Amin, Samir (1975) *La acumulación en escala mundial*. México: Siglo XXI.
- Amin, Samir (1997) *Los desafíos de la mundialización*. México: Siglo XXI.
- Cardoso, Fernando H. y Faletto, Enzo (1996) *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1987) *Genealogías del racismo*. Madrid: La Piqueta.
- Genovese, Eugene y Fox-Genovese, Elizabeth (1983) *Fruits of Merchant Capital: Slavery and Bourgeois Property in the Rise and Expansion of Capitalism*. New York: Cornell University Press.
- Gilroy, Paul (2002) *The Black Atlantic*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gunder Frank, André (1987) *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (1973) "Feudalismo y capitalismo en América Latina" en Assadourian, Sempat, et al. *Modos de producción en América Latina*. México: Pasado y Presente.
- Mészáros, Istvan (2002) *Para além do Capital*. São Paulo: Boitempo Editorial.
- Mintz, Sydney (1985) *Sweetness and Power*. Londres: Penguin.
- Ortiz, Fernando (1987) *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Palerm, Ángel (2008) *Antropología y marxismo*. México: Clásicos y contemporáneos en antropología.
- Peña, Milcíades (2012) *Historia del pueblo argentino*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sahlins, Marshall (1986) *La economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.